



► *The Enigma of Max Gluckman.*  
*The Ethnographic Life of a "Luckyman"*  
*in Africa*

ROBERT J. GORDON, 2018  
University of Nebraska Press,  
Lincoln, Nebraska

---

## Robert Gordon: el enigma de Max Gluckman

LEIF KORSBAEK\*

### Robert Gordon: The Enigma of Max Gluckman

LEIF KORSBAEK  
Escuela Nacional de Antropología e Historia,  
Ciudad de México, México  
leifkorsbaek1941@gmail.com

**E**l libro *The Enigma of Max Gluckman*, de Robert J. Gordon, publicado en Nebraska, Estados Unidos, en 2018, se limita a la temprana carrera de Max Gluckman y cuenta acerca de su familia en Sudáfrica; sus estudios en Londres; su matrimonio con Mary Brignoli, del Partido Comunista Sudafricano —no obstante que se ha considerado a Gluckman como un pensador liberal—, y sus primeros trabajos de campo, también en Sudáfrica.

En varias ocasiones he mencionado que la Escuela de Manchester se extinguió con el fallecimiento de su fundador, Max Gluckman, en Israel, en 1975 (Korsbaek, 2018b); sin embargo, muchos de los problemas que Gluckman y su Escuela de Manchester abordaban siguen vigentes hoy (Korsbaek, 2018c). En efecto, parece que la Escuela de

---

*Desacatos* 68,  
enero-abril 2022, pp. 186-192

\* Agradezco a Marcela Barrios Luna su esfuerzo por hacer el texto más presentable en español.

Manchester y su fundador están involucrados en un proceso de resurrección.

Recientemente han surgido por lo menos tres libros importantes dedicados a esta Escuela: la monografía de Lyn Schumaker (2001), centrada en el trabajo de campo en África; la antología de T. M. S. Evens y Don Handelman (2008), que se ocupa de cuestiones de teoría y método; y como primicia, la espléndida biografía de Gordon que aquí se reseña, a la que se sumará pronto el libro acerca de la Escuela de Manchester que estoy escribiendo actualmente.

En realidad, *The Enigma of Max Gluckman* se trata tan sólo de media biografía, pues como se explica en el texto, el arqueólogo Cameron Wesson “sugirió que escribiéramos una biografía de Gluckman, un proyecto urgente. Luego surgió la división del trabajo: dado mi interés, yo me concentraría en los días tempranos de Gluckman en África, y Wesson, en vista de su interés en teoría y administración universitaria, se concentraría en los días en Manchester” (p. 11).<sup>1</sup> Como resulta evidente, la parte de Wesson nunca fue escrita.

Sin embargo, el libro aporta una buena cantidad de información personal acerca de Gluckman, su familia y el ambiente en el cual se formó: “a diferencia de otros antropólogos de su tiempo, Max Gluckman siempre agregó el nombre de su escuela en su currículum vitae. Es evidente que sintió que había sido importante en su formación y como un símbolo de estatus” (p. 47).

Gluckman era un hombre de familia y en el texto se nos explica hasta qué grado influyó en la formación del joven Max la personalidad de su padre, un pequeño abogado judío que había emigrado de una Rusia en convulsión en busca de mejores condiciones de vida.

Con un breve comentario marginal, Gordon nos lleva a dos asuntos principales en la vida de Gluckman, de los cuales uno de ellos también puede ser un enigma: “hubo antisemitismo en la escuela, pero con un atleta de primera como Max...” (p. 48).

Es manifiesto que Gluckman era judío, pero mi impresión es que su judaísmo tendría más bien una raíz política, lo que es raro en una familia en la que el judaísmo tenía hondas raíces étnicas, éticas y religiosas. Hay también que tener en mente que el Israel de Gluckman era la joven república de Israel, de Golda Meir, kibutz y mesianismo, y no el Israel de Benjamín Netanyahu de hoy. Su padre, judío ruso, era un poco como Max —tranquilo, dedicado a sus asuntos como abogado—; a diferencia de la madre, que fue una de los fundadores de la asociación sionista en Sudáfrica. Es cierto que Gluckman emigró a Israel después de jubilarse en Manchester, pero, una vez más, se me hace que fue más bien un proyecto geopolítico, con la intención de revitalizar el proyecto Manchester, más que una búsqueda nostálgica de sus raíces. A diferencia de él, dos de sus hijos tenían una relación más profunda y absoluta con el sionismo, y no sólo con el judaísmo.

El subtítulo “*a ‘Luckyman’ in Africa*” —“un ‘hombre con suerte’ en África”—, en sí, es también un enigma, pero tiene su explicación, pues “Luckyman” fue el apodo bajo el cual los zulúes lo conocieron durante su estancia en su tierra, y si se mira su vida y su carrera, tiene algo de cierto.

Al principio del volumen, en la primera página, se presenta el objetivo general de la obra: “este libro trata la cuestión de cómo fue escrito el libro acerca del puente [de Max Gluckman], por muchos considerado como el texto más importante en la historia de la antropología social británica moderna” (p. 21), en referencia a George Parkin, autor de la mencionada opinión. “El libro acerca del puente” es *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand* (Gluckman, 1958).

En el capítulo 1 se nos presenta a Gluckman en el contexto de su familia y sus compañeros en la universidad, a través de todo su proceso de formación.

---

1 Todas las traducciones son mías.

Se concluye que, no obstante su amistad con varios comunistas y el hecho de que su esposa era ex miembro del Partido Comunista Sudafricano, él era un liberal, aunque un liberal de izquierda.

Con el capítulo 2 cambia el escenario. Ya no se trata de Sudáfrica, sino del destino de Gluckman en Londres y Oxford. En efecto, se hace una notable contribución a lo que podemos llamar la historia popular de las instituciones académicas en Inglaterra. Gluckman ganó su beca Rhodes para estudiar en la Universidad de Oxford, la Meca de la antropología británica, no obstante que había solicitado admisión en la London School of Economics, donde daba clases Bronislaw Malinowski.

El capítulo está lleno de información interesante y relevante, no sólo acerca de la carrera de Gluckman, sino de las universidades británicas de su tiempo. Gluckman había deseado estudiar con Malinowski en la London School of Economics, pero por una serie de argumentos discutibles fue enviado a Oxford, al Exeter College, tal vez porque el rector de su universidad en Sudáfrica, Humphrey Raikes, había estudiado en esa institución. Es posible que los lazos personales tengan mayor peso que los argumentos científicos, lo que en ocasiones ocurre también en México. Asimismo, es notable que de diez estudiantes del posgrado, nueve eran sacerdotes o futuros sacerdotes.

El jefe de antropología en Oxford era Robert Ranulph Marett, famoso por sus estudios de religión primitiva. Bajo la dirección de Marett, la institución había llegado a una situación de estancamiento; lo que salvó académicamente a Gluckman fue el hecho de que Edward Evans-Pritchard daba clases una vez a la semana allí. Gluckman no fue el único antropólogo de Sudáfrica; estaban Isaac Schapera y Meyer Fortes, íntimos amigos de la escuela preparatoria en Johannesburgo.

Le tocó a Marett dirigir la primera tesis doctoral en antropología en Oxford, la de Max Gluckman. En la tesis, que no requería nada de trabajo de campo

sino pura investigación de biblioteca, Gluckman retomó una buena parte del material de su tesis de licenciatura de la Universidad de Wits, y es una lástima que nunca haya sido publicada, a pesar de los repetidos intentos por parte del mismo Gluckman, pues contiene una serie de reflexiones interesantes sobre el carácter del ritual, un problema permanente en su etnografía.

Un detalle relevante es que en el transcurso de la elaboración de su tesis doctoral cambió la idea fundamental de la estructura social: al principio se sentía atraído por las ideas de Alfred Reginald Radcliffe-Brown; posteriormente, se alineó más con las de Malinowski, acerca del flujo de la vida, rumbo a la idea de proceso. Este cambio se siente a través de toda su actividad etnográfica posterior, sobre todo en su tentación de crear una antropología procesual y no estructural.

Aparte de los comentarios sobre la Universidad de Oxford, hay tres temas interesantes en este capítulo: los detalles relevantes de la tesis de Gluckman, las influencias que recibió de Evans-Pritchard y Fortes; el odio de Evans-Pritchard hacia Malinowski, omnipresente en el texto —en el cual se hace una radiografía de su seminario y de la participación de Gluckman en éste—, y los inicios del trabajo de campo de Gluckman en África.

El capítulo 3 es realmente medular, pues cuenta de qué manera llegó a ser escrito el texto acerca del puente: “de 1936 a 1938 Max Gluckman pasó 14 meses en el campo o cerca del Distrito Nongona del país zulú. Dos años más tarde publicó su artículo seminal ‘Analysis of a Social Situation in Modern Zululand’” (p. 131). Uno de los problemas es que el mismo Gluckman dio varias versiones de la historia. Hay casos de amnesia creativa, y como siempre, surge el problema de quién fue el comunista, ¿Gluckman o su esposa? La opinión de Gordon es que lo fue su esposa.

Gordon piensa que no es posible entender el proceso de Gluckman en el campo y nos presenta una

avalancha de datos e información, que empiezan con la reputación de hombre idílico y romántico, pero peligroso, en el país zulú. Gluckman llegó a darse cuenta de que por debajo de la superficie de cooperación y convivencia, el más mínimo desacuerdo podría convertirse en un conflicto. Aquí, en el país zulú, tenemos las raíces de su teoría del conflicto.

El capítulo 4 contiene tres acontecimientos clave en su vida antropológica y privada, que coinciden de manera notable. El primero de ellos es la confirmación de su firme relación con la tradición antropológica británica, pues al principio se afirma lo siguiente: “para suerte de Max Gluckman, hacia finales de 1938 regresó a Oxford para terminar su tesis doctoral durante el tercer año de su beca Rhodes, cuando Radcliffe-Brown había sido elegido para la cátedra de antropología social en lugar de Marett, que se había retirado” (p. 179). A continuación, se expone una serie de revelaciones acerca de la relación entre Gluckman y la Escuela Británica, en particular con Radcliffe-Brown, ahora jefe de antropología social en Oxford y personaje dominante en la antropología de ese país.

El segundo acontecimiento clave es la construcción del puente, no un puente construido por ingenieros sobre un río, sino su artículo seminal. A través de las páginas, Gordon compara la versión final del puente, publicado originalmente en 1940, con lo que podemos considerar como el primer borrador: “Culture and Conflict in Zululand” (pp. 131-177).

El tercero, por último, es su encuentro con Mary Brignoli, que sintomáticamente tuvo lugar en unas vacaciones deportivas en los Alpes, pues ambos eran deportistas entusiastas. Se cuenta que el encuentro fue “amor a primera vista”, tal como lo hemos aprendido de Hollywood, pero en este caso fue un amor duradero y compartido.

Mary era la hija de un abogado italiano que falleció cuando ella era muy joven. Su madre era una actriz británica que murió cuando Mary tenía siete años de edad, de manera que pasó su juventud bajo

la tutela de una tía en Inglaterra, que le aseguraba una educación adecuada. Cuando Max la conoció, era alumna del Newnham College de Cambridge, una de las pocas instituciones de educación superior que admitían mujeres.

El capítulo 5 nos ofrece una respuesta a la pregunta: ¿a qué se debe el nacimiento del Instituto Rhodes-Livingstone en vísperas de la Segunda Guerra Mundial? Dentro del proceso histórico mundial, podemos decir que la popularidad del colonialismo había terminado, sobre todo entre los pueblos colonizados, y ya no se creía más en “*the white man's burden*” —“la carga del hombre blanco”—, la interpretación del colonialismo como sacrificio para los europeos, formulada por Rudyard Kipling. Hubo rebeliones, huelgas y protestas entre los obreros negros, igual que en la metrópoli misma, en Inglaterra, y el gobierno imperial se había visto obligado a inventar el Estado de bienestar, manifiesto en la nueva Ley de Bienestar Colonial que entraría en vigor en 1936.

El fundamento de esa ley era el “África Survey”, un análisis o bien un diagnóstico antropológico, hecho por alguien que no era antropólogo, Charles Harvey, un ex gobernador de la India. Parte de la motivación fueron los celos políticos y profesionales del gobernador de Rhodesia del Norte, Hubert Winthrop Young, y el resultado de esos celos fue la fundación del primer instituto de investigaciones sociales en esa parte de África.

El capítulo 6 proporciona información —en realidad, etnografía— sobre el momento en el que Gluckman fue a vivir en Rhodesia del Norte para trabajar en el Instituto Rhodes-Livingstone.

El capítulo 7 versa acerca del trabajo de campo de Gluckman entre los lozi y contiene dos piezas de información relevante. Por un lado, relata una de las pocas incursiones de Gluckman en el terreno de la antropología económica, con el artículo poco leído “Economy of the Central Barotse Plain”, de 1941 (p. 298), en el cual estudió, como buen marxista,

mas no estalinista, el impacto de la base material sobre la superestructura. Por el otro, hace una valiosa comparación del origen de tres diferentes Estados: “a diferencia del país zulú, donde el Estado había surgido como resultado de una conquista, o el país barotse, donde surgió como resultado del talento diplomático de Moshesh, el Estado lozi emergió principalmente como resultado del comercio que pasó por el país” (p. 299).

El estudio antropológico del Estado más adelante se volvería una de las especialidades de la Escuela de Manchester.

En el capítulo 8, Gordon nos ofrece una etnografía más específica sobre las complicaciones relacionadas con la actividad de dirigir el Instituto. Wilson, su primer director, duró 14 meses en el puesto, pues los obstáculos fueron múltiples y de peso. Su trabajo de campo fue obstaculizado por los dueños de las minas, porque, aunque la *color bar* —la distinción entre blancos y negros— era informal, sí era real, y no sería posible hacer una seria investigación sin “fraternizar” con los negros. Como señala Schumaker, “está bien ofrecerle a un negro un cigarro, pero no fumar con los negros” (2001: 62).

Dos situaciones sociales en especial causaron serios obstáculos: por un lado, los incidentes de huelga del año anterior en las minas generaron nerviosismo entre los mineros, aunque no podían señalar una violación concreta de sus condiciones de comunicación con los negros; por el otro, ante el peligro de una guerra inminente, existía la necesidad de los negros como tropa, y el manifiesto pacifismo de Wilson podría afectar el entusiasmo patriótico de aquéllos.

Con el capítulo 9 nos acercamos a lo que ha sido la fama de Gluckman, su plan de investigación, primero en África y luego en Manchester. Al respecto, Gordon señala:

No nos puede sorprender que haya varias maneras de hacer investigación antropológica. Mientras

que Malinowski enfatizaba la importancia del trabajo riguroso en una sola comunidad y Radcliffe-Brown insistía en un enfoque comparativo basado en lo que según él era el enfoque científico más consistente, Max Gluckman fue capaz de incorporar ambos enfoques en su propia praxis (p. 365).

La situación fue notable, pues con su nombramiento como director del Instituto Rhodes-Livingstone en enero 1941, recibió instrucciones de las autoridades para formular un proyecto de investigación con la intención de canalizar una parte de los muy amplios recursos a disposición, bajo la nueva Colonial Development and Welfare Act —Ley de Desarrollo y Bienestar Colonial— de agosto de 1941. Una situación auténticamente fantástica.

Una voz anónima ha declarado que este plan de acción ha sido el acontecimiento más importante en la antropología británica desde la expedición al Estrecho de Torres en 1898, lo que tal vez sea una exageración, pero le ganó a Gluckman la prestigiosa medalla Welcome, del Royal Anthropological Institute, en parte por la recomendación de Audrey Richards.

Con este plan de desarrollo, que dirigió la atención antropológica hacia la problemática de los braceros, nació lo que después sería la Escuela de Manchester, al combinar dialécticamente los intereses micro de la antropología y los intereses macro de la sociología —y la historia—, fundamentos de dicha Escuela.

En el capítulo 10, el libro avanza hacia su final, con el nombramiento de Gluckman para la cátedra de ciencias sociales en Manchester en 1948, o sea, el fin de la parte africana de su carrera.

La estancia de Gluckman de vuelta en Oxford fue breve. En el departamento de antropología hubo cierto nivel de conflicto y él ya estaba negociando un empleo como *senior reader* —profesor asistente— en la Universidad de Londres, cuando se le ofreció —parcialmente, por intervención de su viejo

amigo Evans-Pritchard— la oportunidad de fundar un departamento de ciencias sociales, es decir, de antropología y sociología, en la Universidad de Manchester.

Después de una entrevista de una hora y media con 20 académicos de mucho peso, aceptó la oferta de Manchester, pero presentó cuatro deseos que le fueron concedidos: emplear a Richards como especialista en África; a Elizabeth Colson, también como especialista en África, pero con conocimientos sobre Norteamérica; a Radcliffe-Brown, para aumentar el prestigio del nuevo departamento, y finalmente, a un joven antropólogo o sociólogo para dar inicio a los estudios sobre Inglaterra, Emrys Peters.

Gluckman le escribió a Clyde Mitchell que su intención era crear un nuevo Instituto Rhodes-Livingstone en Manchester y emplear al personal de aquél en Manchester, y John Barnes escribió: “el Instituto Rhodes-Livingstone está colonizando a Manchester” (p. 416). Gluckman quedó como editor de la revista del Instituto Rhodes-Livingstone y asesoró a los dos directores que lo siguieron: Colson (1948-1952) y Mitchell (1952-1955). Todo esto con el gobierno de Rhodesia del Norte negándole el permiso para entrar al país y persiguiendo a otro investigador del Instituto, el abogado Bill Epstein.

La situación llegó a cierta altura cuando Mitchell renunció como director del Instituto en 1955 y se tuvo que encontrar a un sucesor. Gluckman le escribió a Mitchell, en una carta más que curiosa, que se oponía a John Middleton, pues su lealtad no era con el Instituto, sino con Evans-Pritchard y Oxford: “Evans-Pritchard no solamente no es un amigo del Instituto, es un enemigo activo [...]. Evans-Pritchard ha sido un íntimo amigo mío durante muchos años [...]; ya que el Instituto produce mucho mejores antropólogos que Oxford, le vendería a Evans-Pritchard que el Instituto tuviera un mal director”.(p. 419).

Gluckman consultó a Fortes, quien sugirió que él y Mitchell “olvidaran el asunto del

Instituto”, y el gobierno nombró, tal como había temido Gluckman y había predicho Fortes, a un administrador colonial como sucesor de Mitchell: el sociólogo-economista Henry Fosbrooke, quien se comportó como lo había esperado Gluckman y “en tres años arruinó el resultado de 20 años de esfuerzo” (p. 422).

Este libro, aparte de ser una mina de oro en *inside information* —información confidencial—, es un interesante experimento: ¿cómo revelar las actividades del antropólogo en el campo sin arruinar su reputación?, sobre todo si se piensa en las desastrosas consecuencias de la publicación del diario de campo de Malinowski.

Finalmente, hay un detalle que me interesa mucho. El primer capítulo del libro tiene por título “Produciendo el modelo preciso de un liberal moderno”; evidentemente, de este modo se aleja la imagen de Gluckman de la idea de hombre de izquierda. En otra ocasión escribí que “la Escuela de Manchester es la teoría marxista convertida a la antropología” (Korsbaek, 2009: 25), y lo sigo pensando. No obstante, más tarde modifiqué un tanto mi afirmación anterior y caractericé mi interpretación como “exageración pedagógica” (Korsbaek, 2018a: 221). Es cierto que Gluckman nunca se afilió a un partido político y era profundamente patriota, pero yo lo sigo viendo como izquierdista, tal vez como un típico laborista británico, al estilo de los fabianos que fundaron la London School of Economics; y en la jerga marxista, como un reformista, más que un revolucionario.

Mientras que otra escuela izquierdista pero no revolucionaria, la Escuela de Frankfurt, tuvo que encontrar a un millonario que se había hecho marxista para su financiamiento (Rapoport, 2014), Gluckman, con su ojo para lo práctico y lo efectivo, dejó que el gobierno británico financiara su Instituto Rhodes-Livingstone, primer paso para llegar a su Escuela de Manchester, en Manchester propiamente. ■

## Bibliografía

- Evens, T. M. S. y Don Handelman (eds.), 2008, *The Manchester School. Practice and Ethnographic Praxis in Anthropology*, Berghahn Books, Nueva York y Oxford.
- Gluckman, Max, 1958 [1940], *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*, Manchester University Press, Manchester.
- Korsbaek, Leif, 2009, "Introducción", en Max Gluckman, *Cultura y conflicto en África*, Universidad de San Marcos/Universidad de Ciencias y Humanidades, Lima, pp. 9-28.
- , 2018a, "Max Gluckman, el funcionalismo y el estructural-funcionalismo", en *Boletín de Antropología (Universidad de Antioquia)*, vol. 33, núm. 56, pp. 205-225.
- , 2018b, "La Escuela de Manchester. Colonialismo británico en el marco del Estado de bienestar", en *Anales de Antropología*, vol. 52, núm. 1, pp. 99-109.
- , 2018c, "La relevancia de la Escuela de Manchester en la actualidad", conferencia magistral presentada en la Universidad de San Agustín, Arequipa, septiembre de 2018.
- Rapoport, Mario, 2014, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Debate, Buenos Aires.
- Schumaker, Lyn, 2001, *Africanizing Anthropology. Fieldwork, Networks and the Making of Cultural Knowledge in Central Africa*, Duke University Press, Durham.